



yolanda rosado

Yolanda Rosado (Jerez, 1983)

Escritora y periodista, Lcda. en Comunicación por la Universidad de Sevilla, es desde 2017 responsable de comunicación y técnica de sensibilización en CEAin y Andalucía Acoge. Ha coordinado en Jerez el proyecto Kay Pacha de convivencia intercultural, para el que desarrolló el trabajo fotoperiodístico *San Miguel Diverso*.

Es técnica responsable del proyecto Owo en Jerez contra los discursos y delitos de odio y de la estrategia sociocomunicativa Stop Rumores de Andalucía Acoge para luchar contra la desinformación y la xenofobia. En 2022 ha creado y dirige el club literario intercultural *Alas y raíces* de CEAin.

Colabora con medios de comunicación locales y nacionales, en los que ha publicado artículos, entrevistas y reportajes de carácter social.

IRREPETIBLES

yolanda rosado

@yolandarosado

@ceainjerez

© Edita: Ayuntamiento de Jerez
© Textos y fotografía: Yolanda Rosado González
© Ilustración de portada: Lovepik
© Diseño y maquetación: Yolanda Rosado González
Depósito legal: CA 532-2022
Imprime: Gráficas Santa Teresa

*Para Aziz,
seguiremos mirando a las estrellas.*

Saluda

Jerez se configura como una sociedad rica y diversa, en la que confluyen las vivencias de cada ser humano, que temporal o permanentemente, habita nuestras calles y nuestros barrios. Conocernos es la forma más hermosa de descartar miedos y prejuicios, avanzando en un reto tan importante como es la convivencia.

Irrepetibles, de la periodista Yolanda Rosado, nos invita a ese conocimiento y a esa mirada atenta a las personas que nos rodean. Esta muestra nos presenta a doce hombres y mujeres llegados de diferentes continentes, con sus ilusiones, sus inquietudes y sus proyectos de vida. A través de la imagen y la palabra, la autora nos plantea una reflexión íntima, y nos invita a un ejercicio individual: mirar a los ojos y conocer a nuestros vecinos y vecinas, para descubrir cuánto tenemos en común con cada una de esas personas que están luchando por encontrar un destino mejor.

La gestión de la diversidad es un reto y un objetivo que debe ocuparnos e ilusionarnos a nivel político. Desde la Administración local, tenemos la oportunidad de trabajar de la mano con un tejido asociativo comprometido y experimentado, pero también de visibilizar aportaciones ciudadanas tan enriquecedoras como la que nos presenta Yolanda Rosado.

Como alcaldesa de esta ciudad, me siento orgullosa de que la exposición *Irrepetibles* nazca en Jerez, porque contribuye a acercarnos a objetivos prioritarios para este Gobierno local, como son la creación de redes y la erradicación de estereotipos, con el objetivo claro del encuentro y la cohesión social.

Mamen Sánchez, alcaldesa de Jerez.

Prólogo

Cuando tuve ocasión de conocer las historias relatadas en este libro, confieso que una lágrima asomó en mi rostro. Si pudiéramos analizar concienzudamente los componentes físicos, químicos, emocionales e incluso espirituales de esa lágrima, se podría vislumbrar un camino largo y arduo por la carrera de obstáculos vencidos y así deducir el desarrollo de mi propia vida. Esa gota de agua y sal contendría, con toda seguridad, el recorrido de mi historia, incluyendo mi historia migrante. Con ello quiero decir que, aunque cada historia aquí contada es única e irrepetible, un hilo invisible las une indefectiblemente: el ansia de libertad y la búsqueda de una vida mejor en todos los aspectos y dimensiones posibles. Ese hilo forma una madeja que los países ricos se tiran unos a otros con el ánimo injuriante de no participar en el desarrollo personal de esos migrantes nacidos en otras tierras.

Los caprichos del universo nos hacen nacer a cada uno en un lugar diferente del mundo. Con el tiempo llegamos a amar la tierra que pisamos como cuna de origen y ahí conformamos nuestra red de apegos sociales y familiaridades. Pero a veces, forzados por la persecución, el hambre o la guerra y otras veces por sentir la necesidad de progresar como personas en un mundo más desarrollado, hombres y mujeres e incluso familias completas deciden abandonar la tierra que les vio nacer y emprenden una nueva vida en otro lugar, nada más coherente con los derechos humanos.

En este libro conoceremos historias que no nos dejarán indiferentes por sus circunstancias pero también por la capacidad de transformarlas en preciosos aprendizajes que, gracias a las políticas de acogida de nuestro municipio y a las entidades que, como CEAIN, aglutinan recursos profesionales y humanos para acompañar procesos individuales y grupales, superan las cifras y ponen sobre todo el acento en la vida que, como el agua, busca el surco para seguir fluyendo.

Ana Hérica Ramos Campos, delegada de Igualdad y Diversidad de Jerez.



Leche y camino

Dominique y Moussa, Costa de Marfil

Cae la noche sobre una terraza abandonada de Argelia y Dominique aprieta contra su pecho a su bebé de pocos meses. Es la primera vez en su vida que pasa frío. En Costa de Marfil, donde ambos nacieron, el aire es cálido incluso al atardecer, pero ahora están muy lejos. Han recorrido varios países a pie, ellos solos, Moussa sostenido firmemente en la tela anudada a la espalda de su joven mamá. Han cruzado fronteras en busca de un lugar seguro para ambos. En la quietud de la noche, bajo las estrellas, Dominique abraza a Moussa, le da la teta, y se convierten en un espejo del cielo. Vía láctea: leche y camino.

Dominique ha tenido una infancia complicada. Desde los siete años vendía fruta en la calle para ayudar a su familia y hermanos pequeños. Cuando murió su padre, su madre la obligó a casarse con un hombre de familia rica. «Es como venderte. Yo tenía quince años y me casaron a la fuerza, si no me casaba me echaban a la calle. Esto era lo normal en mi país, ahora ha cambiado mucho porque muchas niñas prefieren morir antes que llegar a casarse. Yo no quería, pero no tenía a nadie que me apoyara».

Pasado un año de estar con aquel hombre y estando embarazada, Dominique ya no podía soportar más la que fue la peor época de su vida. «No podía hablar, no podía defenderme. Sentía que me moría. No hay palabras ni libertad para las mujeres, no tenemos derecho a expresar lo que llevamos dentro».

Se marchó a casa de su madre, donde dio a luz a Moussa. Lo que había vivido con su marido le había dejado una huella tan terrible que estaba decidida a no regresar jamás a aquella casa, pero él volvía a buscarla una y otra vez, exigiéndole regresar. Amenazaba a su madre y exigía que le entregaran a Moussa.

«Cuando tenía tres meses me lo quitaron. Fui a la policía y me dijeron que no se meterían en cosas de matrimonios. Pasé tres días y tres noches sin dormir buscando a mi hijo. Una persona me ayudó a encontrarlo y me lo entregó a escondidas de la familia de mi marido. Me dijeron que algunas familias sacrificaban a niños varones en un bosque mediante un rito extraño. Entonces supe que allí no me podía quedar o perdería a Moussa para siempre, mi madre me dijo: “vete lejos, donde sea, protéjelo”».

Así que Dominique se amarró a Moussa a la espalda y partió hacia el viaje más arriesgado de sus vidas, en busca de la libertad. Atravesaron Mali, Mauritania, Argelia, Marruecos... Allí donde iban, Dominique trabajaba de lo que fuera: limpiando, lavando ropa, en el campo... siempre con Moussa a la espalda, parando a cada rato a darle la teta.

«En el camino encontré personas maravillosas, me dieron alimentos y mantas. Algunos me acogieron unos días y luego continuaba mi camino. Yo quería llegar a España para estar segura, porque en cualquier momento la familia de mi marido podía llegar a donde yo estaba sin visado y quitarme a mi hijo. Lo primero que hice al llegar a España fue preguntar a la policía si me podían proteger a mí y a mi hijo. No quiero volver a levantarme un día y que mi hijo no esté. Iría hasta el fin del mundo hasta encontrar un lugar en el que nos sintamos seguros. Aquí en España no van a dejar que un hombre me maltrate, ya sea mi situación irregular o no, me aseguraron que nos protegerían a mí y a mi hijo. Aquí se llama libertad».

Moussa no conoce esta historia, ni a su padre. Ahora que va creciendo, a veces pregunta a su madre por las profundas cicatrices que marcan algunas zonas de su cuerpo. Dominique siempre intenta cubrirlas para que él no las vea.

Ahora trabaja limpiando en un restaurante. «Me siento muy feliz. Me gusta ser independiente, no tener que depender económicamente de un hombre. No me gusta pedir, desde los siete años aprendí a buscarme la vida y lo seguiré haciendo. Soy una persona positiva, confío en mi suerte. La negatividad no existe para mí, en mi mente me digo: “lo puedo conseguir y lo conseguiré”. Me levanto siempre y sigo adelante».

Dominique manda dinero siempre que puede a su madre y a su sobrina de once años, la hija de una hermana gemela de Dominique que falleció. «Quiero que mi sobrina tenga un futuro mejor. Me gustaría que fuera a Francia o a Suiza... se acerca a una edad que me preocupa, porque yo ya sé lo que pasa. Su madre y yo vivimos cosas de las que no puedo ni hablar, pero su vida tiene que ser distinta. Quiero que venga a Europa, que estudie, que sea libre y feliz».

Después de cinco años en España, Dominique habla muy bien español, a Moussa intenta hablarle siempre en francés, bambara o en su dialecto natal, koyaka, y él lo entiende, pero siempre responde en español. Moussa quiere ser científico, inventar cosas. Es un niño travieso y curioso. Le gusta el colegio y los superhéroes.

«Siempre le digo a Moussa que valore lo que tiene: comida en el plato, ropa, un cuarto para dormir, sus estudios, su colegio... ¡si yo hubiera tenido todo eso de pequeña! Yo aprendí a escribir en la calle, mis amigos que iban al colegio me enseñaron. Me gustaría estudiar, me rompieron ese sueño, me hubiera gustado ser médica porque mi hermana gemela murió de una enfermedad para la que no pudimos pagar tratamientos».

Aunque es muy difícil compaginarlo con el trabajo, desea seguir formándose, mejorar con el uso del ordenador y hacer cursos online, aprender muchas cosas. También le gustaría poder volver de visita a África para que Moussa conozca a su familia, pero teme que la familia paterna la siga buscando.

«Quiero ser valiente, tengo derecho a poder volver a mi tierra, a no huir de nadie. Ahora he llegado al final de mi camino, ahora sí puedo hablar, sin esconderme, sin miedo. He tenido toda la suerte del mundo al encontrar a CEAI, hablo español gracias a las clases con mi profesora Ruth. Cada vez que lo necesito, alguien está conmigo, todos me escuchan, todos me ayudan. Esa es la cosa más maravillosa que le puede pasar a una persona: que haya oídos para escucharte, boca para aconsejarte y personas para acompañarte. Yo aquí no tengo familia, mi familia sois vosotros».



Inshallah

Mohamed Saber, Marruecos

Mohamed nació en Bahhara Oulad Ayad, en Kenitra. Los recuerdos de su infancia se remontan a los siete años de edad, y se proyectan como el sol en recuerdos de tardes interminables jugando al fútbol con sus amigos, en el amor inquebrantable y cálido de su madre, en la compañía de su hermano mayor y sus dos hermanas. Pese a ser muy humildes, Mohamed siempre sintió de pequeño que no le faltaba de nada.

Una de esas tardes en las que jugaba al fútbol, sufrió una lesión en una pierna. Le llevaron a casa y su madre llamó a unos hombres que le curaron la herida atándole unos vendajes. «El medico en Marruecos no es gratuito» – me explica Mohamed. «Se supone que sí, pero no lo es. Cuando llegas te mira con mala cara y no te escucha, y tú entiendes que tienes que darle el dinero, si no lo haces te hace marchar lo antes posible sin prestarte atención. En la cola pasa lo mismo, puedes llevar horas esperando, pero si viene alguien con dinero pasa delante de ti. Ojalá en Marruecos fuera como en España».

Al cabo de diez días de las curas, a Mohamed le dolía muchísimo la pierna y fueron al médico. El diagnóstico fue demoledor: los vendajes habían apretado demasiado su pierna y la habían dejado sin riego, provocando la muerte de los tejidos y una infección que ponía en peligro su vida. El único modo de salvarle era cortar la pierna. «Aquello fue muy duro para mi familia, ofrecieron hasta vender la casa para pagar lo que hiciera falta por salvar mi pierna, pero ya no era posible. A mi hermano aquello le afectó especialmente, nunca pudo aceptarlo, lloró mucho por lo que me pasó. Mi madre no sabía cómo decírmelo para que yo no estuviera triste. ¿Cómo le explicas eso a un niño de siete años? Al final me dijo que se tenían que llevar mi pierna para curarla en otro sitio y yo lo creí».

«A los tres meses salí del hospital y mi madre me hacía las curas en casa. Cuando me recuperé volví a jugar al fútbol enseguida, me decían que no podía ser, que podía perder la otra pierna, pero yo jugaba, aunque fuera a escondidas. Al principio me ponía de portero y usaba mis muletas para hacer la portería, poco después aprendí a jugar con mi única pierna y las muletas. Era tan bueno que los niños me decían que era porque yo jugaba con tres piernas y ellos solo con dos».

Y es que si en algo coinciden todas las personas que conocen a Mohamed, es en que es un luchador incansable. Él mismo afirma que siempre se esfuerza por perseguir sus sueños: «Siempre he luchado por lo que quiero y doy todo lo que tengo por conseguir cosas buenas en el futuro, *inshallah*. Tener salud es lo más importante. Le doy gracias a Dios por lo que tengo».

Y es que la falta de medios económicos para acceder a una atención sanitaria digna ha marcado la vida de Mohamed y su familia. En 2011, su hermano mayor se puso enfermo y fue empeorando cada vez más con el tiempo: «Con quince años perdió la vista y a los dieciocho años ya no podía andar ni comer. Los médicos nunca nos decían qué le pasaba y las medicinas que le mandaban no le sentaban bien».

Mohamed está convencido de que todo habría sido muy distinto si su familia hubiera sido rica. «Cuando ya estaba muy mal y no podía caminar, mi madre subía con mi hermano cargado a su espalda por las escaleras hasta el tercer o cuarto piso donde estaba la consulta del médico, porque no había ascensores. Esto la dejaba destrozada por dos o tres días. Tenía que pagar treinta euros sólo por ir a la consulta. Mi madre trabajaba en el campo desde las seis de la mañana hasta las ocho de la tarde, bajo el sol y la lluvia, para pagar el médico y las medicinas de mi hermano».

La madre de Mohamed se llama Safia, pero en español se pronuncia *Sabia*. «Mi madre siempre ha hecho de padre y de madre, lo hace todo, nos ha llevado a todas partes a mis hermanos y a mí, ha traído el dinero a casa...»

Con quince años, Mohamed estaba estudiando, pero le agobiaba mucho pensar en su futuro: «Pensaba qué sería de nosotros cuando mi madre se hiciera mayor o qué pasaría si nos faltara, Quería trabajar para ayudar, pero también sabía que con mi discapacidad nadie me iba a dar trabajo». Cuando le planteó a su madre la posibilidad de venir a España como habían hecho algunos de sus amigos su madre se enfadó: «Ninguna madre quiere que su niño se eche al mar». Pero Mohamed estaba decidido. «Las cosas hay que buscarlas, no basta con decir “tengo a Alá”. Alá guarda algo para todos, pero tienes que moverte para encontrar lo que tiene guardado para ti».

La primera vez que intentó cruzar el estrecho no lo consiguió, pero no se dio por vencido. «La segunda vez fue la peor, nos cogió la policía y nos enviaron de vuelta. Lo pasé fatal porque iba sentado encima de gasolina, que mezclada con el agua salada del mar me produjo unas quemaduras terribles».

«Cuando te vas en la patera nadie sabe lo que va a pasar, tu familia pasa más de veinticuatro horas sin saber nada, preguntándose: ¿habrá llegado? ¿se habrán ahogado? Cuando llegué a casa me encontré a mi madre junto a la puerta, me abrazó y me dijo: “no dejaré que te vayas nunca más” y yo también lo dije, que no lo haría nunca más». Mohamed me cuenta que ese día estaba tan cansado que sólo pudo beber agua y acostarse. A la mañana siguiente la gente fue a visitarle: «En Marruecos tenemos esa costumbre, cuando alguien vuelve del agua es como si hubiera vuelto a nacer, se celebra como cuando nace un niño».

Mohamed recuerda entre risas que aquella mañana el pantalón se le había quedado pegado al culo con las quemaduras. «Al quitármelo me llevé la piel y mi madre me decía ¿pero niño qué te has hecho? Y me perseguía para curarme con Betadine y a mí me daba vergüenza» -recuerda Mohamed. «Me pasé toda la fiesta del cordero comiendo tumbado boca abajo, ¡no pude sentarme en un mes!».

Volvió a estudiar de nuevo y a seguir con su vida, hasta que un día recibió la llamada de un hombre de confianza que le propuso intentarlo de nuevo.

«En ese tercer intento íbamos setenta y ocho personas en la patera, entraba mucha agua y la gente estaba nerviosa, se insultaban y peleaban. Pero después de veinticuatro horas llegamos, gracias a Dios». Mohamed tenía dieciseis años. «Cuando llegué y empecé a escuchar a la gente hablando en español me sentí muy contento, era mi sueño llegar aquí. En tres días casi no podía dormir de la alegría. Me despertaba pensando que seguía en Marruecos y de pronto me daba cuenta de que lo había conseguido y no me lo creía».

Estuvo en un centro de menores de Jimena de la Frontera, junto a otros chicos en su misma situación. «Había muchos que se querían ir del centro, querían irse a Barcelona o a Bilbao, yo hablaba con ellos e intentaba hacerles cambiar de idea, les decía “¿qué vas a hacer solo allí? Ten paciencia, poco a poco todo llegará”». Un día jugando al fútbol en el centro de menores, un hombre lo vio y le pasó al director del centro el contacto de un club de fútbol de amputados. Al cumplir los dieciocho años lo acogieron en un piso de ACCEM. Pasados unos meses entró en un piso de CEAI, donde lleva tres años.

Actualmente, Mohamed está estudiando la Educación Secundaria para Personas Adultas y aprendiendo inglés en la Escuela Oficial de Idiomas. Tras varias operaciones, por fin tiene la prótesis en la pierna que tanto tiempo ha esperado. Sigue jugando al fútbol y ha ganado varias competiciones nacionales e internacionales con su equipo Flamencos Amputados del Sur, en la Federación Española de Deportes de Personas con Discapacidad Física. En 2021 ganaron el Campeonato de España.

Mohamed no cobra ninguna ayuda por su discapacidad en España porque no es español y la lesión no se la hizo aquí. «Me siento muy agradecido de estar en el programa de CEAI: tengo comida, ropa, un lugar donde dormir, estoy estudiando para mi futuro... pero estar lejos de tu familia es lo peor, echo tanto de menos a mi madre... Cuando tu casa se queda sin su voz, entiendes lo que significa la palabra de una madre. Yo ahora quiero conseguir trabajo para devolverle aunque sea un uno por ciento de todo lo que ella ha luchado por nosotros.

Hay cosas que la vida ya no le va a devolver. Yo amo a mi país porque tengo mi familia allí, pero no se respetan los derechos humanos. Si esto no fuera así, yo no estaría aquí».

El hermano mayor de Mohamed falleció en 2020, pero él no pudo ir a su funeral porque aún no tenía los papeles. Este año ha sido la primera vez que ha podido volver, después de cuatro años. «Cuando mi madre me vio llegar con las dos piernas se echó a llorar. Me fui siendo un niño delgadito y tonto, con una sola pierna, y volví siendo mayor, más gordito, con mi prótesis... ¡aunque mis primos dicen que sigo siendo igual de tonto! (se ríe). Mi madre está súper orgullosa de mí porque sabe que tiene un niño luchador. Hay chavales que cuando llegan a España y están sin su familia se pierden y cambian mucho, toman un camino malo. Yo estoy aquí por mi futuro, dando gracias cada día por CEAIN y por Tamara, que siempre está conmigo, siempre me anima y me da mucho cariño. CEAIN aquí es mi familia».

«Lo único que espero ahora es conseguir un trabajo. No sé qué va a pasar mañana, sólo sé lo que hay en mi corazón. Estoy contento de estar aquí, sigo luchando, viviendo y disfrutando del día de hoy. Poquito a poco, *inshallah*».



Identidad y poesía

Nazanin, Irán

*Nadie comprendía el perfume de la oscura magnolia de tu vientre.
Nadie sabía que martirizabas un colibrí de amor entre los dientes.
Mil caballitos persas se dormían en la plaza con luna de tu frente,
mientras que yo enlazaba cuatro noches tu cintura, enemiga de la nieve.*

Nazanin lleva escritos a mano en su libreta estos versos de Federico García Lorca, uno de sus autores favoritos. Acaba de terminar en Jerez un Máster en Interpretación y Comunicación Internacional y su trabajo final de máster ha sido una investigación de la influencia de la poesía persa en la obra del poeta español.

Nació en Teherán y vivió su infancia en pleno conflicto entre Irán e Irak, sin embargo, por encima de la guerra, ella recuerda el amor: «De pequeña veía mi vida normal, sabía que había periodos de calma y otros de huida, cuando nos atacaban y teníamos que marcharnos a otro lugar. Ahora me doy cuenta de todo lo que mis padres hicieron por amor, para que fuéramos felices. Llenaban de juguetes los escondites en los que teníamos que ocultarnos cuando había aviso de bombas y pasaban todo el tiempo jugando conmigo, así que recuerdo que cuando sonaba la alarma roja yo pensaba: “¡bien vamos a jugar!” Solíamos ir a menudo a una torre junto a la tienda de mi padre porque era un lugar bastante seguro cuando caían las bombas. Íbamos toda la familia con algunos vecinos. A mí me gustaba estar así, todos juntos en el suelo. Yo percibía las cosas de esa manera gracias al amor de mis padres y de mi hermana mayor que siempre me estaba cuidando. Estos son los recuerdos que se han quedado conmigo».

Fue a la universidad y se licenció en literatura, lengua y traducción española. Con veintitrés años vino a España a hacer un Máster de Filosofía y Ciencias Sociales en la Universidad Complutense de Madrid. Volvió a Irán durante las movilizaciones de la Primavera Árabe, que allí se denominaba movimiento verde, para estar junto a su familia mientras estudiaba por la UNED. Dos años más tarde volvió a España para hacer los exámenes y no perder el visado de estudiante que tanto le costó conseguir.

«Nunca pensé que me quedaría en España. Tenía claro que volvería y daría clases en la universidad en mi país. El choque cultural para mí no fue tan grande porque desde pequeña he viajado, mi padre nos llevó a diferentes lugares porque quería que conociéramos el mundo. Pero una vez aquí construí una vida que era mía. Me di cuenta de que hasta ese momento había estado pensando de una manera más colectiva: en mi familia, en mis vecinos, en mi grupo social... De pronto, cuando salgo de ahí, me doy cuenta de que hay una persona a la que debo reconocer, que soy yo misma. Cuando pude construirme a mí misma me gustó tanto que me dio miedo perder a esa que era yo si volvía a mi país».

Para Nazanin, la migración abarca dimensiones que van más allá del propio hecho de moverte de un lugar a otro: «También es una decisión, una emoción. Puedes vivir años en otro sitio y aún no sentir que te has ido, hasta que de pronto en tu interior das ese paso. En mi caso, ese momento concreto llegó con una oportunidad de trabajo estando en Madrid, tenía sólo una maleta, pero pensé “si vuelvo a Irán siempre será lo mismo”. Quería algo más. En ese momento decidí quedarme. Y hasta ahora».

Mientras realizamos esta entrevista, las calles iraníes vibran con las protestas a raíz de la muerte de Mahsa Amini, joven de veintidós años asesinada por la policía por no portar el velo como marca la ley. «Los últimos acontecimientos me han hecho sentir muy triste pero sobre todo enfadada. ¿Por qué tiene que pasar esto?» – se lamenta Nazanin.

Me cuenta cómo vivió su juventud siendo mujer en Irán, aclarando antes que en Irán hay muchas comunidades y las circunstancias de las mujeres pueden variar según el contexto social y su etnia: azerí (la de su madre), kurda, baluchí, lurí... «Para una mujer, tener una vida normal en Irán supone aceptar que la realidad es la que hay, con sus limitaciones. Es decir, te pones el pañuelo y vas a la universidad, después quedas con tus amigos, haces fiestas clandestinas en casa... Cuando era pequeña esperaba con ilusión el momento de ponerme el velo, porque para mí significaba hacerme mayor para poder empezar a ir al colegio. Que alguien tenga que aprobar tu aspecto para permitirte entrar en la facultad es duro de aceptar, pero como tu objetivo de estudiar es tan grande, ignoras todo lo demás».

A sus cuarenta años, Nazanin reflexiona sobre cómo se sentía cuando ella era una joven estudiante: «En ese momento vives con tanta opresión que ni siquiera te planteas que se puedan cambiar las cosas. Automáticamente lo aceptas, porque no tienes más remedio. Mi generación se adaptó y ahora quizás nos preguntamos: ¿cómo lo hemos permitido?» Tal y como dice Marjane Satrapi en su obra *Persépolis*: “La guerra había quedado atrás y teníamos tantas ganas de ser felices que olvidábamos que no éramos libres”.

«Antes de la Revolución Islámica no había tantas limitaciones, ni obligación de ponerse el velo, ni restricciones de música, las mujeres podían cantar... En estos cuarenta y tres años han cambiado mucho las cosas. Y aunque tú nazcas ya en esa nueva realidad y para ti sea lo normal, tus padres te explican, esa conciencia se hereda. Ahora son las nuevas generaciones las que están saliendo a la calle, quieren tener una vida normal, con la conciencia que tenemos ahora en el mundo. Me siento orgullosa por las chicas que están liderando las protestas y por los chicos que también están saliendo a las calles junto a ellas. Estamos hablando de derechos humanos y de libertad. Ya basta de tanta injusticia».

Ese mismo deseo de Nazanin, de trabajar por los derechos humanos, la ha llevado a especializarse en el ámbito social. Actualmente es traductora profesional y colabora con CEaIn en

el área de protección internacional: «Es un trabajo hermoso, cada mañana que voy allí me siento feliz, pero también es duro, porque, al ser intérprete de las familias, todas las historias te las llevas contigo y eso hay que gestionarlo. Te planteas, ¿estoy haciendo suficiente? A menudo no se trata sólo de traducir, también es un acompañamiento, saber cómo guiar una conversación puede cambiar un contexto, aliviar una tensión...» Nazanin acaba de comenzar su doctorado con un grupo de investigación de la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla, enfocado en la interpretación del idioma persa en el ámbito de asilo y personas refugiadas.

Más allá del ámbito profesional, la vida de Nazanin está ligada a la literatura, especialmente a la poesía persa, que según me cuenta, es lo que más le hace sentirse orgullosa de ser iraní. Los libros siempre le acompañan: «Cuando tengo algún problema, leo a Molana o a Rumi y mis problemas se hacen muy pequeños, mi mundo cambia. Uno de mis poetas favoritos es Khayyam, comparto con él su filosofía, él habla del presente, de la importancia de percibir el momento».

Reflexionamos acerca de lo que define realmente a un país: ¿Son unas líneas geográficas trazadas en un mapa? ¿Termina en sus fronteras? ¿O abarca mucho más de lo tangible? Una forma de sentir, una memoria colectiva, el idioma, la poesía...

«La literatura es algo que me he traído conmigo y puedo llevarla donde sea. Cambias de país, pero te puedes llevar lo que tú quieras. A mí la poesía y mi idioma me generan esa sensación: estar muy cerca estando lejos. De hecho, alejarte también te da la oportunidad de conocer más lo tuyo, cuando yo estaba allí no sentía esa necesidad de encontrar ese punto de conexión. Escuchas, ves, vives... pero cuando estás aquí es una tarea individual buscar ese lugar dentro de ti, entonces las fronteras no te limitan, se amplían».

Nazanin siente también un vínculo muy fuerte con el idioma español: «Me suena a poesía, perfeccionarlo cada día y aprender palabras nuevas es uno de mis mayores logros».

Junto a los versos de Lorca en la libreta que siempre le acompaña, Nazanin también lleva escritos de su puño y letra algunos versos del poeta persa Khayyam:

Nadie puede comprender lo inefable.

Nadie es capaz de ver lo que se oculta detrás de lo aparente.

A este mundo, cual agua que fluye

sin saber por qué ni de dónde, vine yo sin querer

y de aquí como el viento del desierto

ignorando hacia dónde, algún día disparado saldré.



Nadie puede vivir sin amor

Douglas Serrano, Venezuela

Cuando conozco a Douglas me quedan claras dos cosas: que tiene la capacidad de llenar de luz una habitación con su calidez y su simpatía, y que ama la música. Afirma que la voz es el instrumento más puro que existe, porque no lo vas a encontrar en ninguna tienda. En Venezuela se formó con reconocidos tenores y sopranos, pero su pasión va mucho más allá de las técnicas vocales: «cuando canto me encuentro con mi ser interior».

Este amor por la música lo compartía en Venezuela con su mejor amiga, Anna.

Pese a ser una compositora estupenda, Anna tenía un miedo escénico terrible, por eso no se atrevía nunca a cantar las canciones que componía. Un día Douglas quiso sorprenderla interpretando uno de sus temas. Fue tan bello el resultado que, desde entonces, siempre componían juntos. Como casi todos los artistas, compaginaban la música con el trabajo habitual. Anna ejercía como abogada y consultora jurídica en una empresa estatal y Douglas, economista, trabajaba en el área de compras internacionales. En su tiempo libre eran inseparables y trabajaban en su proyecto musical común.

Hasta el día en que todo cambió.

«Era viernes. Última semana de vacaciones para ambos. Habíamos ido a Puerto Píritu del Caribe con nuestro grupo habitual de amigos, hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Llamé a Anna para hacer choripanes en casa de una amiga en común, pero me dijo que estaba cansada, acababa de visitar a su prima que había dado a luz, así que fui yo solo. Estaba preparando el carbón cuando escuché fuegos artificiales, me extrañó porque no era temporada de béisbol. Entonces me alegré mucho porque vi acercarse el coche de Anna

tocando el claxon. Salí a recibirla: “¡Qué bueno! ¡Pensaba que no venías!” Vi que ella me hacía señas desde el coche: “¡Apúrate, ven!” Pensé que estaba bromeando “¡Ya voy!” De pronto vi cómo dos hombres armados y vestidos de negro se alejaban y se metían en un coche. Entonces recordé el sonido de fuegos artificiales.

Cuando llegué al coche de Anna vi que una de las ventanas estaba rota. “Le han robado” - pensé. Ella me hacía gestos mientras yo intentaba abrir la puerta que estaba atascada. A toda prisa rodeé el coche para llegar a la otra puerta que sí conseguí abrir. Me dijo: “Douglas” con una extraña calma. “Me dispararon...” y vi en su brazo izquierdo un agujero gigantesco. “Cálmate, estoy aquí, respira”, le dije mientras llamaba a mis amigos. Intenté agarrarla, pero al levantar uno de sus brazos, éste se desplomó, le hablaba y ya no me respondía. La bajé del coche y la puse en el suelo, se me resbalaba. Le hice el boca a boca, pensé que se había desmayado. Llegó la Policía, no me separé de ella ni un segundo. Le quitaron la ropa y fue cuando vi que había otra herida de bala en su costado izquierdo. Entonces comprendí que estaba muerta. De un momento a otro ya no estaba más».

Anna fue asesinada por haber tenido en su trabajo acceso a documentos, sin ni siquiera saberlo, que después alguien quiso ocultar. Por estar relacionado con ella, a Douglas lo interrogaron mil veces. Empezó a perder privilegios en su empresa y un día terminó con una pistola apuntando su cabeza. «Después de aquello no me atrevía ni a asomarme al balcón. Vivía en automático. Lloraba sin darme cuenta». Tras ir a un psicólogo empezó a planear su salida del país. «Suponía dejar atrás toda mi vida, toda mi familia. No pude decirle a nadie que me iba porque tenía miedo de que me mataran. Aquí no se sabe lo que pasa allá, cada venezolano tiene una historia en su memoria».

Douglas llegó a España y pidió asilo. «Pasé de tenerlo todo a no tener nada. A vivir con una ayuda de 300 euros, organizándome para que me alcanzara la comida. Muchas veces no he tenido para transporte y he ido andando. Me he puesto ropa donada. Nunca piensas que vivirás todas estas

cosas. Éramos felices cuando éramos felices y no lo sabíamos. Qué privilegio tener la vida que quieres, aunque no seas rico. Tenemos que cambiar de mentalidad, ayudar a las personas, valorar al anciano que lo dio todo por tu país cuando tú apenas empezabas a ser, proteger los valores, la belleza, cuidar las calles y no dañar todo aquello que está ahí para tu bienestar... No esperemos que los políticos lleven a cabo grandes cambios, ellos están ahí porque nosotros los elegimos y deben cumplir su trabajo, pero somos nosotros los que tenemos que tomar las riendas de nuestras vidas».

Douglas no sabía cuál sería su destino y terminó en Jerez, cuando le asignaron una plaza de protección internacional de CEAin. «La gente de Jerez es muy receptiva, es un lugar único. He comprendido a través de la cultura jerezana de dónde vienen algunas músicas de mi país. La Gaita Zuliana es una mezcla del canto de chirigota del carnaval de Cádiz con el ritmo de la zambomba de Jerez. Venezuela fue una colonia y allí hay una fusión de estilos musicales de todo el mundo. La gente de Zulia es como la de Cádiz: hospitalarios, ruidosos... aquí comprendí de dónde venía parte de mi cultura. Tienes que empezar de cero, trabajar para poder comer. Pero eso no me quita las ganas ni los sueños de seguir cantando, cantar todos los días de mi vida. No hablo de fama, sino de hacer lo que me gusta, de ser quien soy: Douglas Serrano, el cantante. Ese soy».

Douglas vive actualmente en Málaga. Trabaja y sigue cantando. En Spotify se puede escuchar la canción: *Nadie puede vivir sin amor*, en honor a Anna Guerrero, «Quiero que se sepa que fue una de las mejores compositoras que he conocido. Es un canto al amor. Ahí estamos los dos».



Cuatro mil kilómetros

Avgusta, Sergiy, Kateryna y Umca, Ucrania

Son las cinco de la madrugada y Avgusta se despierta sobresaltada por el estruendo de un accidente de coche en la calle. Sus hijos, Andrei, de diecisiete años, y Kateryna, de ocho, duermen en sus habitaciones. Sergiy, su marido, es marinero y está fuera en uno de sus viajes, esta vez en Asia. Avgusta es esteticien, pero hace unos años decidió aparcar temporalmente su trabajo para dedicarse a cuidar a Kateryna ya que, con las largas estancias de Sergiy en el mar, ella está sola con los niños y es difícil conciliar. Viven en Odesa, al suroeste de Ucrania. Odesa es la tercera ciudad más habitada de Ucrania, después de Kiev y Járkov, con algo más de un millón de habitantes. Su salida al mar Negro hace que sea la principal ciudad portuaria del país, y desde allí se exportan sus principales productos a otros territorios. Sergiy se ha dedicado al transporte marítimo toda su vida. Tras ahorrar durante muchos años, el 16 de febrero habían comprado una casa más grande.

Umca, la gata, también se ha despertado con el fuerte estruendo. Avgusta no está segura de si ha sido un accidente de coche o una explosión de gas y escudriña la calle por la ventana. De pronto, más explosiones. El suelo se vuelve rojo: Avgusta se da cuenta de que son bombas. Kateryna empieza a llorar. «No me lo creía. Aunque en las noticias hablaban del comienzo de una guerra, yo no podía creer que estuviera pasando de verdad».

Al principio, Avgusta se quedó paralizada por el miedo: «No sabía qué hacer. No podía moverme de la cama, consolaba a Kateryna diciéndole que sólo eran aviones. Todo era demasiado fuerte: “¿qué hago, qué hago?” Pensaba. El estupor dio paso al pánico más grande

que jamás he sentido. Me levanté, cogí una bolsa y empecé a guardar a toda prisa la documentación importante y ropa mía y de los niños, mientras llamaba por teléfono a mi madre y a la madre de Sergiy. Nos metimos en el sótano».

Rusia invadió Ucrania el 24 de febrero, una invasión que nadie esperaba y que jamás hubieran imaginado vivir. «Hace años hubo una guerra en la parte oriental de Ucrania y yo había oído historias sobre el miedo que da la guerra – me cuenta Avgusta – pero hablar es una cosa y sentirlo es otra».

Durante dos días, Avgusta no supo qué hacer: «Algunos decían que teníamos que irnos del país, otros que no. No tenía información clara. Estuve dos días con la maleta preparada para hacer algo, pero no sabía qué hacer. Intentaba contactar con Sergiy pero había una diferencia horaria de ocho horas». Sergiy me cuenta que en el barco apenas le llegaba conexión a Internet. Veía en las noticias y en las redes sociales lo que estaba pasando en su país y no daba crédito: «Hasta el último momento pensé que la situación de tensión se iba a resolver, que nuestros líderes podrían comunicarse y solucionar el problema». Cuando entendió que la guerra ya era una realidad y que cada vez estaban bombardeando más ciudades, le dijo a Avgusta: «Tenéis que huir. Coge a los niños y marchaos, no importa a dónde, pero tenéis que huir».

Avgusta llevaba nueve años sin conducir, dejó de hacerlo al quedarse embarazada de Kateryna y después no le había hecho demasiada falta. Pensó en conducir el coche veinte o treinta kilómetros para probar, pero no había tiempo. Metió en las mochilas ropa deportiva, mallas... porque pensaba que tendrían que dormir en el campo o en el bosque.

Llamó a su amiga Galina, que también estaba sola con su hija pequeña y le hizo una propuesta: «Por favor, vámonos juntas a Moldavia, imaginemos que es un viaje de dos semanas, que estamos de vacaciones... Mientras estemos juntas no tendremos miedo».

Y así lo hicieron. Partieron en un coche Avgusta y Galina, con tres niños y con la gata Umca. Cuando llegaron a la frontera con Moldavia, la cola parecía interminable.

«Estuvimos en esa cola un día y medio, había muchas personas en la frontera que se nos acercaban ofreciendo su ayuda, pañales para los bebés, comida, mantas...». A Avgusta se le llenan de lágrimas los ojos recordando esto: «La generosidad me llegaba al corazón».

En Moldavia, todos los hoteles y puntos habilitados para refugiados estaban colapsados por la cantidad de gente que estaba llegando. Los acogió un matrimonio en su casa. «En ese momento y viendo las noticias – me explica Avgusta – comprendí que este viaje no duraría un día, ni dos, ni tres. Teníamos que seguir adelante, porque a Ucrania ya no podríamos volver».

Tampoco quería que de ninguna manera Sergiy volviera a Odesa: «Eso significaba convertirse en soldado. Yo entiendo a los hombres que se quedan a proteger a su patria, pero yo no podía entregarle mi marido a la guerra, teníamos claro que él no podía volver».

Avgusta y su amiga continuaron su camino en el coche, de Moldavia a Rumanía, y de allí a Hungría. «Teníamos que alargar el poco dinero que llevábamos al máximo, ya que justo acabábamos de gastarnos todos nuestros ahorros en la nueva casa. Dormíamos los seis en el coche y parábamos en las gasolineras a lavarnos el pelo y los dientes. Al principio, Umca iba en un bolso especial para mascotas, e intentábamos parar cada rato y sacarla para que hiciera sus necesidades, pero era imposible, se hacía pis en su propio bolso y teníamos que lavarlo en las gasolineras. Al final le colocamos una bandejita de arena en la parte de abajo y los niños subían sus piernas para que Umca pudiera hacer pipí». Umca en ucraniano significa inteligente.

Para alargar el dinero, dormían los cinco en el coche y Umca se paseaba por el pequeño habitáculo dándoles calor. Hubo una noche que la temperatura bajó a -5° y había tramos en los que tuvieron que atravesar zonas montañosas. «La carretera era estrecha y peligrosa y mi coche tenía ruedas para el verano. Yo, que no estaba acostumbrada a conducir, me agarraba al volante nerviosa y muy concentrada, no quería ni poner música ni que me hablaran. Mi amiga sostenía

su móvil mirando Google Maps y dándome indicaciones, a la par que me tranquilizaba y me daba confianza, me decía: “tú puedes Avgusta, este es nuestro viaje y seguimos gracias a ti, tú puedes”. Nunca olvidaré esto».

Avgusta intentaba aferrarse en su mente a la felicidad, a recuerdos hermosos, dibujando todo el rato aquella huida como un viaje hacia un destino ilusionante. Recordaba cuando el año anterior habían viajado por Europa en familia y habían estado en España. «Recordaba la playa, el sol... había quedado tan enamorada de España que en el último año había estado aprendiendo por gusto algunas palabras: *familia, mamá, papá, pájaro...*».

En ese momento, nació el plan en su cabeza: «Si tengo que vivir en otro país, iré a un lugar que me dé alegría al corazón: nos vamos a España». Su amiga y su marido le dijeron que estaba loca: «¡tú que no te atrevías a conducir, y ahora quieres conducir cuatro mil kilómetros en el coche!». Pero Avgusta estaba decidida, ya había ganado confianza al volante y se sentía guiada hacia aquel destino como la llamada interna que deben sentir las golondrinas al migrar, o como los girasoles que orientan su rostro buscando la luz del sol. «Si no tengo dinero viviremos en la playa en un colchón, decía yo, mientras todos me intentaban hacer cambiar de opinión. Pero yo sabía que España era el lugar en el que estaríamos a salvo».

Pasaron once días conduciendo, por su parte, Sergiy también viajaba al encuentro de su familia, a veces acampando en diferentes lugares, avanzando poco a poco.

Finalmente llegaron a España. «La primera parada fue Málaga, donde nos atendió la policía y nos preguntaron si teníamos familia allí o algún lugar a donde ir. Yo les dije que no, que sólo estábamos nosotras dos, tres niños, un gato y un coche sin gasolina. Después nos atendió Cruz Roja, pero no había alojamiento para más refugiados, así que nos acogieron en CEAR. Nos dijeron que nos alojarían en un hotel pero que Umca no podía venir con nosotros. Automáticamente todos los niños empezaron a llorar, “¡Umca también es nuestra familia!”. La traductora, al ver la situación, se ofreció para tener a Umca en su casa durante unos días.

«En Málaga, la gente iba marchando en autobuses a nuevos destinos donde había plazas de asilo. Mi amiga y su hija se quedaron en un piso en Málaga y nosotros marchamos rumbo a Jerez. En la estación nos estaban esperando las trabajadoras de CEAI junto a las traductoras para recibirnos. Me da vergüenza decir que estoy bien, por toda la gente que lo está pasando mal en Ucrania, pero estoy contenta y muy agradecida a las personas de CEAI que me están ayudando aquí: Cristina, Alicia, Maribel, Ruth, Sandra... ellas han hecho mucho más por nosotros que muchas personas en toda mi vida, y no me refiero sólo al dinero o a la casa, me refiero a cada vez que preguntan “¿cómo estás?”. Este verano, por ejemplo, cuando llegamos a cuarenta y seis grados en Jerez, vinieron a casa a ver si estábamos bien. Siempre están ahí para ayudarte sin hacer muchas preguntas, entendiendo y respetando nuestros planes y decisiones de vida, acompañando».

Sergiy logró reunirse al fin con su familia después de tres meses. Cuando voy a su casa a hacerles la foto, me invitan a merendar unos deliciosos dulces típicos de Ucrania que han preparado y Kateryna me enseña su libreta de dibujos. «A Kateryna le encanta dibujar durante horas, y le gusta tener a una persona sentada cerca de ella mientras dibuja. También le encantan las manualidades y los puzles» – me cuenta Avgusta.

Kateryna está muy contenta en su nuevo colegio y adora a su profesora. También echa mucho de menos Ucrania y a sus amigos, hace videollamadas con su abuela casi a diario y ella a veces le envía paquetes con sus juguetes, que rescata de la antigua casa. «Nuestra casa aún sigue en pie porque en esa zona ha habido pocos bombardeos, pero no sabemos qué pasará porque hay ciudades muy cerca, a unos cien kilómetros, que han desaparecido por completo».

Ahora se sienten felices aquí, Avgusta dice que las calles adoquinadas de Jerez le recuerdan mucho a las de Odesa. «Ahora sólo deseamos encontrar un trabajo, ser independientes, reconstruir nuestra vida y empezar de nuevo».



Niños que cruzan fronteras

Sale Fofana, Mali

El temporal en alta mar arrecia y cada vez entra más agua en la precaria embarcación de remos a la que Sale y otras seis personas se aferran con todas sus fuerzas para no caer al mar. Las olas son cada vez más altas y parece que en cualquier momento engullirán la estructura de madera que les sostiene como si fuera una pequeña cáscara de nuez. Están solos en medio de la inmensidad del mar, salieron a las cuatro de la madrugada y, siete horas después, se dan cuenta de que no van a lograrlo. Avisan por teléfono a tierra firme una y otra vez, pero la respuesta de la guardia costera de Marruecos siempre es la misma: es domingo y no están trabajando, no va a venir nadie. Entonces, alguien logra contactar con Helena Maleno, activista española que vive en Marruecos, quien alerta a salvamento marítimo español. Confirman que pueden enviar un barco en una hora. Sale observa el fondo de la barca ya completamente anegado. «Si tardáis una hora, lo que tendréis que buscar serán nuestros cuerpos» explican desesperados a Helena, quien les asiste al otro lado del teléfono. Les pide que aguanten. Una gran ola les sacude y la barca vuelca. Todo es confusión, pero también certeza: es el final, se acabó.

De pronto, entre el rugido enfurecido del mar, se distingue otro sonido. Es el helicóptero de salvamento marítimo que les está buscando. Los divisan y descienden hacia ellos con cuerdas. Uno a uno, los van rescatando del mar y los suben al helicóptero. Aterrizan en tierra firme y Sale pisa por primera vez el suelo de Jerez. Tiene dieciséis años.

Un año antes, Sale tomaba la decisión de marcharse de Mali. El conflicto bélico que azota Mali desde 2012 se extendía desde el norte al centro del país de manera alarmante. El terror en su más cruda expresión se cebaba con aldeas enteras a manos de independentistas y de yihadistas.

La infancia de Sale fue tranquila porque vivían al sur del país, donde aún la guerra no había llegado. Sus padres no querían ni oír hablar de la posibilidad de que él se fuera, pero Sale quería estudiar y fue consciente a pronta edad de que su único destino posible sería trabajar en el campo. «Es eso o que tu familia sea rica, porque allí la educación es gratuita sólo hasta bachillerato, si quieres estudiar más cuesta mucho dinero. Yo veía a las personas que venían de Europa de vacaciones. Tenían otra mentalidad, expresaban sus opiniones de forma diferente, había algo en su manera de hablar, de comportarse... Tenían su dinero y no dependían de nadie, yo también quería tener eso». Además, Sale era consciente de que los yihadistas estaban llegando a todo el país: «Allí vivimos de la agricultura, pero si entran en tu pueblo no te permiten trabajar, si te cogen en el campo te matan, si te manifiestas los policías te disparan. La gente no tiene esperanza y se marcha del país». Así que, una noche, en lugar de esperar a que amaneciera como de costumbre para tomar el desayuno que le hacía su madre antes de ir a clase, Sale cogió su maleta, apagó el móvil y sin decir nada se marchó de casa, rumbo al norte. Tenía quince años.

«No es nada fácil. Las primeras semanas lo pasas fatal, no paras de acordarte de tus padres. Hay momentos en los que te arrepientes y piensas ¿qué he hecho? Quieres volver, pero ya no puedes, porque supone arriesgar doblemente tu vida. Asumes tu decisión y te haces fuerte».

Sale consigue llegar a Gao y cruzar una de las fronteras más peligrosas que existen. Pagan a un conductor que los lleva a él y a otras personas en un todoterreno hasta Argelia a través del desierto. «En el camino uno casi nunca va solo, siempre hay otra gente. Avanzábamos durante el día y por la noche teníamos que parar, apagar las luces y guardar silencio. Yo podía dormir porque entonces era un niño y no era tan consciente del peligro, pero los mayores que iban conmigo pasaban todo el tiempo vigilando con los ojos bien abiertos. Ellos sabían que si nos veían nos lo quitarían todo o nos dispararían». La travesía por el desierto duró dos días, alimentándose sólo de galletas y del agua que cada uno llevaba. Cuando llega a Argelia llama a su padre y le cuenta que ha conseguido cruzar: «Mi padre sabía que ya no podía volver, así que me deseó suerte y que siguiera adelante. Mi madre no era capaz de hablar, sólo lloraba».

Sale estuvo en Argelia varios meses y después en Marruecos. Pese a que casi pierde la vida en el estrecho, lo que él recuerda como lo más duro fueron los intentos de salto en la valla de Melilla.

«Vivíamos en los asentamientos del monte Gurugú y todos los días los militares nos buscaban y lo quemaban todo. Tienes que reconstruir tu vida cada día sobre las cenizas del día anterior. Allí en la montaña vive muchísima gente y los saltos a la valla se organizan por comunidades. Cada país tiene sus intentos, pero de Mali somos muchos y es muy difícil ocultarse. Sólo para llegar a la valla te pasas dos días caminando, así que cuando llegas ya no puedes volver, tienes que intentarlo. Los guardias saben que vamos a llegar, pero no saben exactamente por dónde. Debes permanecer oculto hasta que dan la orden de correr hacia la valla. El salto en sí dura dos minutos, si tardas más, se ha acabado la película. En dos minutos te lo juegas todo. Echas a correr y lo primero que haces es enfrentarte a los guardias que van a intentar detenerte. Si consigues llegar a la primera valla, normalmente uno coloca una escalera para poder saltar y abrir la puerta a los demás desde dentro. En la segunda valla no hay puertas y la única opción es trepar, pero hay concertinas» — explica Sale, mientras me enseña algunas cicatrices que surcan sus brazos. «Cuando estás subiendo no te puedes defender, así que normalmente te pegan mientras trepas. Te pueden partir los pies, las manos o incluso matarte. Lo peor es cuando, después de varios meses, consigues saltar y te coge el guardia y tranquilamente abre la puerta de la valla para echarte fuera de nuevo. En un momento, todo lo que has conseguido vuelve a cero. Yo lo logré al tercer intento».

A Sale le indigna profundamente la realidad que cada día viven tantísimas personas en nuestra frontera sur. «Cada vez muere más gente y a nadie le importa, no vemos nada de lo que ocurre allí. Escuchamos en las noticias que han muerto cien, doscientos... la gente se queja en las redes sociales, pero después, ¿qué pasa? Nada. Sólo pierde el que murió. Ni siquiera se investiga. A mí me duele demasiado. Luego decimos que somos iguales, pero unos llegan de una forma y otros de otra, es insoportable. Tu gente está muriendo y ni siquiera se hacen declaraciones, nunca veo a ningún presidente africano hablar de esto. Mañana, la gente seguirá llegando a la valla y volverá

a pasar lo mismo. ¿Te imaginas que fueran ciudadanos europeos y no africanos? En otros países matar a diez ciudadanos de otro país significaría una declaración de guerra, pero nadie responde por los africanos. ¿Dónde está la igualdad?».

Sale pasa los primeros años en España en un centro de menores. «Cuando llegas te das cuenta de que las cosas no son como imaginas. Piensas que llegarás y que al día siguiente ya empezarás a estudiar y a trabajar». Además, Sale llegó sin documentación, lo que le imposibilitaba hacer prácticamente cualquier cosa. A los dieciocho años, debe abandonar el centro de menores y es acogido en un piso de extutelados de Hogar La Salle. Como no puede convalidar los estudios que hizo en Mali, empieza la ESO desde el principio, compaginando las clases con algunos trabajos temporales.

«Algunos chicos salen del centro en situación irregular, otros con permiso de residencia pero no autorizado a trabajar. Entonces ¿cómo se hace? Si yo cumplo dieciocho y me dejas en la calle, no me autorizas a trabajar, no tengo familia, no tengo dinero, no tengo qué comer, ni dónde dormir ¿qué puedo hacer para sobrevivir? En mi caso fui acogido por una entidad social, pero no todos tienen la misma suerte. Si tú a ese menor antes de salir del centro, le das la residencia con su permiso de trabajo podrá hacer algo, si no encuentra trabajo en la ciudad se irá al campo, se buscará la vida”. Precisamente con la última reforma en el reglamento de extranjería se ha avanzado en este sentido, ahora los chicos y chicas que salen de los centros de menores lo hacen con un permiso de residencia de dos años que les autoriza a trabajar.

Hablamos de algunos prejuicios sobre los jóvenes que, como él, llegaron siendo menores en busca de una oportunidad de futuro y tienen que superar muchísimas barreras: «Cuando escucho a algunas personas decir que estos chicos les quitan el trabajo, me hace gracia. Un chico que viene de otro país, que no tiene ni idea del idioma y se pone a aprender español desde cero, que no tiene papeles ni permiso de trabajo, ni familia, ni medios, que se pone a estudiar, a hacer cursos... y finalmente consigue un empleo, ¿me estás diciendo que tú, que lo tienes todo desde el principio, no eres capaz de conseguir ese mismo empleo?».

Además, una de las principales consecuencias de la situación documental irregular es la explotación laboral. «Cuando dicen “claro, es que ellos trabajan por cualquier salario” ¿por qué creen que ocurre esto? Precisamente porque si te ofrecen trabajar varios meses por una miseria pero a cambio te prometen regularizar tu situación, ¿qué harás? Si las personas tienen su situación regular desde el primer momento no aceptan condiciones injustas».

Sale acudió a CEAIN para recibir apoyo educativo y terminar la ESO. «Me asignaron a Soraya como tutora y fue ella la que me animó a presentarme a las becas de Fundación Albor. Gané y pude titularme como Auxiliar de Enfermería. Fue difícil estudiar y trabajar para vivir al mismo tiempo, pero en CEAIN me apoyaron y me ayudaron con el alquiler hasta que encontré trabajo».

Actualmente, Sale tiene veintidós años y trabaja como mediador intercultural en Tharsis Betel. Habla seis idiomas: árabe, francés, bambara, mandinga, soninke y español. Quiere ampliar sus estudios en la rama de integración social. Desde que dejó su país con quince años no ha vuelto a ver a su familia, uno de sus mayores sueños es poder ir a visitarlos. Desde aquí les ayuda todo lo que puede: «Allí viven de la agricultura y en la época de lluvias cultivan todo lo que van a necesitar durante el año, pero la salud y la educación no son gratuitas, si alguno de mis hermanos enferma tengo que enviar dinero para que lo puedan llevar al médico».

En el futuro le gustaría poder volver a Mali: «Siento que puedo aportar valor a mi país. Me gustaría poder volver, tener allí mi empresa y estar al lado de mi familia».



Al Nakba, al Naksa

Wafaa Atta, Palestina

30 de mayo de 2019: Se ha hecho de noche y la calle Ancha de Jerez está desierta, todos los negocios están cerrados y sólo quedamos nosotros, sentados en una de las mesas del restaurante de comida palestina de la familia de Wafaa. Lo primero que hicieron al conocerme fue invitarme a cenar con ellos en la ruptura del ayuno de Ramadán. Tras un copioso festín de platos tradicionales, disfrutamos de un café muy oscuro y de la charla pausada. Wafaa y sus hermanos me cuentan anécdotas e historias de Jericó, la que dicen es la ciudad más antigua del mundo. La brisa es fresca y no he traído nada de abrigo, la madre de Wafaa, que no habla español, se da cuenta y se quita su rebeca para colocarla sobre mis hombros. Aún conserva su calor. Recuerdo todas las veces que he oído hablar sobre la hospitalidad de los árabes, y en este momento me siento inmersa en ella, pero para mí no es extraña, es lo mismo que haría mi abuela: esa rebeca sobre los hombros, ese *¿niña has comido? ¡Échate más!* Esas noches que se alargan en la casapuerta, ese mi familia es la tuya. Será que los andaluces tenemos en nuestra herencia más profunda esta huella, que va más allá del arte, de las piedras de muralla antigua que hay en esta misma calle, de las palabras. Aunque a veces se nos olvide.

Cuando Wafaa llega con su familia a España, protagonizan durante unos días los titulares de algunos medios: *Una familia de palestinos abre un restaurante, pero no le alquilan un piso*. Y es que pese a tener medios, tras unos meses de búsqueda, no consiguen que nadie les alquile nada. Cuando hablan con los propietarios les dicen que el piso ya está alquilado, aunque minutos después vuelva a estar disponible. A través de la mediación del programa de apoyo a la vivienda de CEAin consiguen por fin una vivienda. Es entonces cuando Wafaa se hace voluntaria en el equipo jurídico de la entidad. Su sueño es ser abogada porque lleva luchando contra la injusticia toda su vida.

Nació en el campo de refugiados Aqbat Jaber de Jericó, en Palestina: «No es como la gente cree, hay coches, pisos y casas. Parece una pequeña ciudad con suministros, electricidad, asfaltado, agua, etc. Pero hay poca luz, mucha humedad y basura».

Me explica que en Palestina han convivido tres religiones: cristianos, musulmanes y judíos. «Los judíos estaban ahí antes de que llegara Israel». Wafaa se remonta a *al Nakba*, que significa *el desastre*, cuando en 1948 Israel proclamó su estado y cientos de miles de palestinos tuvieron que huir de sus hogares. También me habla de *al Naksa*, que significa *derrota*, cuando en 1969, tras la guerra de los Seis Días, Israel asume el control total de la ribera occidental, la franja de Gaza y el resto de territorios. Esta es la historia de sus abuelos. Desastre y derrota.

Wafaa me cuenta que en las ciudades palestinas suele haber asentamientos israelíes en las montañas que las rodean para controlar a la población desde ahí. «Pueden entrar en cualquier momento, meterte en la cárcel, dispararte o tirar bombas. Una vez tiraron una a nuestra casa, aún recuerdo aquel agujero... No puedes dormir por las noches, oyes disparos y bombas. Tenemos miedo, pero somos fuertes».

Wafaa piensa que las personas jóvenes de su país hablan como si fueran mayores, porque la experiencia de vivir en guerra te cambia: «Convives con la muerte cada día, todo el mundo puede morir, pueden matar a alguien delante de ti en un día normal. Cuando iba a la facultad de Derecho mataron a un amigo mío. El muro del apartheid es muy grande y separa las ciudades palestinas. Cada viernes hay un punto donde disparan a la gente que sale de la mezquita y ellos les tiran piedras. De un día para otro pierdes un familiar, un amigo... piensas todo el tiempo quién será el siguiente. Cada familia tiene a alguien muerto o en la cárcel, esto es lo normal allí. En Palestina no hay derechos, no puedes hablar, no puedes publicar lo que no debes en Facebook o irán a por ti. No puedes ir de una ciudad a otra debido a los controles. Todas las ciudades de Palestina tienen una única salida en Jericó. También se cometen crímenes en el otro sentido, el terror va en ambas direcciones porque se trata de política, no de los habitantes. Si quisieran solucionarlo lo harían, llevamos setenta y cuatro años de conflicto. Todas las guerras terminan ¿por qué la de Palestina no?»

Wafaa piensa que la gente en Europa no sabe mucho sobre Palestina. Le sorprende lo poco que los adolescentes aquí saben de historia, ni siquiera sobre la de España. «Esto es un problema. Se preocupan más sobre cómo vestirse o maquillarse, no de temas importantes. En Palestina no podemos dedicar mucho tiempo a pensar en estas cosas porque tenemos que pensar en nuestro futuro, estudiar para prepararnos. Tenemos que terminar la guerra».

Pese a vivir en un contexto de guerra e injusticia toda la vida, siempre prevalece el afán de superar la adversidad, de alcanzar un futuro mejor: «Aunque todo esté mal, la gente quiere vivir. Mucha gente va a la universidad, hay afán por emprender. Las madres no suelen decirles a los niños que se queden en casa. Los días normales son como aquí, aunque no hay muchas cosas para disfrutar: no tenemos jardines públicos, son de pago, hay problemas con el agua, la electricidad... Yo solía salir con mis amigos a la cafetería, veía la tele... Tenía un horario en el frigorífico para organizarme con mis estudios».

Wafaa decidió ser abogada cuando entró en un programa en los campos de refugiados llamado *our voice* de la Unión Europea. «Sueño continuar mis estudios en derecho internacional, me gusta conocer gente de diferentes países y culturas. Desde pequeña, no podía callarme ante la injusticia, hacia mí y hacia los demás. Quiero ser la voz de las víctimas».

En su primer año en la Universidad fue voluntaria para documentar las violaciones de derechos humanos en las universidades, los problemas de los estudiantes y ayudarles a conocer mejor sus derechos. Ganó un concurso de investigación en Jerusalén y fue a Suiza, a visitar las Naciones Unidas junto a otros estudiantes. En otra ocasión fue a Egipto con un foro de setenta chicas de ciudades palestinas. Pero siempre recuerda con especial cariño la primera vez que salió de su país cuando era niña: «Fuimos a Francia con un grupo del campo de refugiados para presentar los problemas de polución en el agua. Todo me parecía totalmente diferente, no quería volver. Pensaba: aquí todos los días disfrutaban la vida y yo vivo en la guerra ¿por qué yo no vivo como el resto de los niños y niñas?»

En la actualidad, Wafaa vive junto a su familia en Francia, donde han conseguido el derecho de asilo. Continúa sus estudios y el año que viene comenzará su Máster en Relaciones Internacionales.



Código 40

Roberto Ruiz, España

Cuando hablamos de nuestra identidad irrepetible como seres humanos, ¿cuáles son los aspectos que podríamos acordar que objetivamente nos definen? Cuando nace un bebé, lo primero que hacemos es anunciar orgullosos a familiares y amigos cuánto ha pesado y cuánto ha medido. Inmediatamente, registramos en qué día nació y a qué hora nació. Según la ONU, aproximadamente cinco bebés nacen cada segundo en el planeta. Apenas llevamos unas horas en él y ya se nos van asignando números que nos identifican y nos ordenan: un registro de nacimiento, un libro de familia, un DNI, un pasaporte... ¿Son éstos los códigos numéricos que nos identifican como personas? ¿Y si no los tenemos? ¿Dejamos de ser quiénes somos? Deben ser entonces otras las claves a la hora de enunciar objetivamente quiénes somos, pero, ¿cuáles? ¿Nos define nuestra edad? ¿El número del saldo disponible en nuestra cuenta bancaria? ¿Las coordenadas de latitud y longitud del lugar del mapa en el que nacimos? Y si finalmente pudiéramos afirmar quiénes somos, ¿sería ésta una definición estática? ¿Somos las mismas personas en todos los momentos de nuestra vida? ¿Será que nuestra naturaleza tiene sentido solamente ligada al movimiento y al cambio?

Pasados los cuarenta años, Roberto sintió que su vida había llegado abruptamente a un final. No tenía trabajo, no tenía medios para vivir y no encontraba ninguna motivación que le sirviera de motor de arranque. Se encontraba perdido en un punto sin dirección en su mapa vital, un bloqueo a partir del cual, la única opción posible era empezar a caminar de nuevo. ¿Pero cómo? Roberto es del País Vasco, pero hace tres años decidió venir a Jerez, donde viven sus padres desde que se jubilaron, ya que la madre de Roberto es jerezana. «Estaba en el momento personal más complicado de mi vida y necesitaba estar cerca de mis padres».

Una vez aquí, Roberto da el paso de acudir a los servicios sociales para explicar su situación. Ese día le conceden el código 40: Persona en riesgo de exclusión social. «La situación de no tener medios para vivir es muy dura, pero para mí, más dura quizás era la sensación de culpa, porque sentía que podía haber hecho las cosas de otra manera. De joven tenía muchos pajaritos en la cabeza y nunca quise estudiar, lo único que quería era trabajar y ganar dinero para mis cosas. Trabajaba en la industria, en fundiciones, en almacenes... puestos muy mal pagados, sin cualificación y sin pensar nunca en mi futuro. Tomé muy malas decisiones personales que me llevaron a un lugar que no le deseo a nadie. De pronto me vi con cuarenta y pocos años sin nada, sin ningún título, sin la ESO, sin graduado escolar. Y lo peor de todo: sin ningún tipo de aspiración».

Pero Roberto ya había dado el primer paso, había dejado el lugar donde siempre había vivido, había pedido ayuda y estaba decidido a dar un giro a su vida, volver a sentirse feliz. «Mi motivación principal era ordenar mi vida, necesitaba salir de la situación tan precaria en la que estaba. Me sentía perdido, lo dejaba todo a medias, no me interesaba nada. Necesitaba ocupar mi tiempo en algo productivo para no perderme en ese caos, salir de ese bloqueo y proponerme un rumbo, una meta por primera vez».

Es la misma trabajadora sociolaboral la que aconseja a Roberto acudir al área de formación y empleo de CEAIN: «El primer curso que hago en mi vida es con CEAIN: un curso de nivel avanzado de *picking* y gestión de pedidos en almacén. Pude acceder a él por tener reconocida la condición de persona en riesgo de exclusión. Para mí el apoyo de CEAIN fue fundamental, fue el primer título que obtuve en mi vida». Roberto asegura que las claves principales para él fueron el acompañamiento y la motivación: «Yo necesitaba con urgencia empezar a trabajar, ganar dinero para subsistir.

Había tocado fondo y tenía que levantar mi vida entera, volver a construirla. La positividad de Maika de CEAIN y las demás compañeras, fue algo muy grande para mí. Estaban siempre pendientes de buscar ofertas, echar currículums, conseguirme una entrevista, y otra, y otra...

Eso me hacía pensar “joder, algo va a salir, seguro”. En mi horizonte siempre estaba esa búsqueda de empleo. Las prácticas en un supermercado fueron mi gran oportunidad, demostré que yo estaba dispuesto a trabajar y ocho días antes de terminarlas ya estaba contratado. Para mí aquello supuso un logro muy grande».

A partir de ese momento, Roberto compaginó el trabajo en el supermercado con los estudios y logró sacarse la ESPA (Educación Secundaria para Adultos): «En el centro educativo me dieron la oportunidad de asistir de mañana o de tarde, dependiendo de mis horarios de trabajo, algo importante y que agradecí mucho porque yo nunca había estudiado antes y necesitaba ir a las clases, tener ese apoyo de los profesores».

Poco a poco, Roberto fue sintiéndose mejor y con más fuerza para salir adelante: «Para mi salud mental fue fundamental ocupar mi tiempo no sólo estudiando. Empecé a hacer deporte, aprendí yoga, un poco de surf... Eran momentos en los que reconectaba con mi felicidad. Una de las cosas más reconfortantes que he hecho sin duda ha sido hacer voluntariado, echar una mano a quien lo pueda necesitar. Yo siempre he sido un poco reservado, pero es bueno rodearte de gente que te aporta. La relación con los demás alumnos del curso de CEAIIn fue muy buena, tuve compañeros y compañeras de Portugal, Colombia, Bolivia, Europa del Este y otros españoles como yo. Era un ambiente muy bueno, perseguíamos el mismo objetivo de mejorar nuestras vidas y me hicieron sentir a gusto y acompañado».

Junto a estos compañeros y las técnicas de empleo de CEAIIn, mantuvieron un grupo en el que compartían ofertas de trabajo y otras informaciones interesantes, lo que ayudó a Roberto a comenzar otro curso en Gaboral, enfocado al trabajo en almacenes, algo de lo que él ya tenía experiencia en el País Vasco. A raíz de esto, consiguió ser contratado en una importante empresa de mensajería y, después de diez meses, le han hecho indefinido.

Actualmente Roberto vive con sus padres, pero ahora que su situación laboral es estable puede plantearse independizarse, aunque deja claro que la convivencia con ellos es muy buena y se siente muy querido: «El apoyo de mis padres ha sido fundamental para mí. Ellos ya son algo mayores y aunque se valen bien por sí mismos, nos complementamos, nos echamos una mano entre todos».

A sus cuarenta y seis años, Roberto siente que empieza de nuevo, que ha salido del caos y se ha encontrado consigo mismo, con la fuerza que le mueve a seguir hacia delante, encontrando, paso a paso, su propio rumbo: «Han sido tres años muy duros, pero muy productivos. Ahora, me gustaría seguir formándome para poder aspirar a mejorar mi situación profesional cada vez más. Yo toqué fondo y empecé de cero totalmente, pero ahora puedo decir que nunca es tarde. A cualquier persona que lea esto y se encuentre en una situación de bloqueo o sienta que no hay salida, le aconsejo que siga adelante, que pida ayuda, que no se rinda. Se necesita mucho esfuerzo, pero sobre todo constancia. Desde aquí le mando todo mi ánimo».



Detrás de un objetivo

Abdullah Sadaqat, Afganistán

Cae la tarde en la montaña y un joven Abdullah asciende con su cámara por el terreno pedregoso próximo a los imponentes huecos donde durante siglos se elevaban, a decenas de metros sobre el suelo, los famosos Budas de Bamiyán. Los talibanes ordenaron su demolición en marzo de 2001, dejando dos enormes cavidades donde antes se encontraban dos de los grandes tesoros declarados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Una cámara proyecta, a modo de homenaje, la imagen holográfica dorada del buda sobre su silueta original. Hace bastante frío, las temperaturas en Bamiyán pueden llegar a bajar a -25° en invierno, pero a Abdullah no le importa porque no hay nada que le haga más feliz que hacer fotos. Lleva su inseparable cámara al cuello y busca los mejores ángulos para fotografiar la zona de los budas y también el hermoso cielo nocturno que se comba sobre el valle como una cúpula colmada de estrellas. En ese momento, un guardia se le acerca gritándole y le pega una bofetada.

«Todavía me duele cuando me acuerdo. Estaba prohibido estar fuera a partir de las diez de la noche porque había talibanes, así que la policía al verte podía cargar sus armas y apuntarte, era arriesgado salir a hacer fotografías nocturnas. Pero mereció la pena» – afirma Abdullah con una sonrisa, mientras me muestra las fotos que tomó aquel día.

Abdullah tiene treinta y cuatro años. Nació y creció en Bamiyán en el seno de una gran familia: «Somos siete hermanos. En Afganistán casi siempre vives con tu familia, es normal vivir con tus abuelos, tíos y primos, en España las casas son más pequeñas». De pequeño era un niño energético y aficionado al kung-fu. En su juventud estudió literatura española y siempre ha sido un enamorado de la poesía persa, especialmente de autores como Hafiz Sherazi, Maulana Jalaluddin o Saadi Sherazi. «Cuando me enamoré de mi esposa, Sadiqa, ella vivía en otro pue-

blo y le escribía cartas con poemas» – me explica. «Allí no era como aquí, que puedes ir a hablar con la chica, además no teníamos móvil entonces, así que nos escribíamos cartas». Me cuenta que su poema favorito se llama *Naha Chara*, del poeta Shahryar, que narra la historia de un amor imposible con el que su autor se reencuentra al final de su vida, momentos antes de morir, y se lamenta porque es demasiado tarde: *¿llegaste, pero por qué ahora?*

Trabajó como intérprete del ejército español y también apoyando el negocio familiar de alfombras de su padre en Bamiyán, pero su verdadera pasión siempre fue la fotografía. A los veintitrés años compró su primera cámara réflex y empezó a fotografiar absolutamente todo lo que le rodeaba. A los veintisiete, hizo un curso de fotografía en el que durante seis meses aprendió a usar su cámara de forma profesional, lo que le ayudó a conseguir sus primeros trabajos como fotógrafo. «En aquella época tenía una motocicleta y solía ir con un grupo de ocho o diez fotógrafos. Íbamos juntos de un distrito a otro para hacer fotos juntos, después llegábamos a casa y encendíamos el ordenador para ver las imágenes, comentarlas... era feliz en aquellos viajes».

Abdullah llega a España el 27 de agosto de 2021. Le acompañan su esposa Sadiqa, sus hijos Farid y Farhad, de cuatro y seis años, y su hermana Laila. Diez días antes de la invasión de Kabul, Abdullah estaba en la capital buscando una vía de escape para él y su familia. «Al ver que los talibanes iban entrando en diferentes provincias empecé a preparar mis documentos con la embajada. Sabía que iban a venir a por mí por haber trabajado con el ejército español. Ellos torturan y ejecutan de forma terrible a cualquiera que consideren infiel».

Hace ya más de un año que viven en Jerez, en uno de los pisos de protección internacional de CEAI. Laila estudiaba ingeniería minera en Afganistán, pero tuvo que marcharse antes de terminar sus estudios, así que desearía retomarlos. Farid y Farhad van al colegio y aprenden español. «Sus caras son muy parecidas, pero su carácter es cien por cien diferente» – me cuenta Abdullah.

«Ellos aprenden muy rápido: el mayor habla muy bien español, pero el pequeño no quiere hablar nada y esto me preocupa un poco, aunque estoy seguro de que sabe mucho».

Abdullah me cuenta cómo han vivido sus hijos este cambio tan radical en sus vidas. «Al principio fue muy complicado, los días que intentábamos huir, las horas que pasamos en el aeropuerto de Kabul junto a tantas personas esperando un avión que no sabíamos si llegaría... todo esto fue muy duro para ellos. Los primeros días en España decían que no querían estar aquí, que querían irse a casa. Ahora están bien, están contentos. Echan de menos a sus primos y abuelos que están en Afganistán, y a menudo hablan con ellos por teléfono. También echan de menos algunas costumbres, como comer sentados en una alfombra en lugar de en una mesa con sillas». Poco después de hacer esta entrevista, Sadiqa da a luz a una niña: Farahnaz. Para ellos ahora lo más importante es conseguir trabajo, esto les permitirá ser independientes y rehacer su vida en España.

El día que Abdullah salió de su país huyendo del terror, tuvo que hacerlo a toda prisa y dejando atrás todas sus pertenencias, incluida su preciada cámara. Cuando en la Agrupación Fotográfica San Dionisio de Jerez conocieron su historia, no dudaron en ponerse de acuerdo para donar una cámara profesional a Abdullah y le abrieron las puertas de la asociación para que pudiera retomar su gran vocación. Desde ese día ha estado haciendo fotos por las calles de Jerez. Me enseña una que acaba de tomar viniendo de camino a nuestra entrevista, en la que un hombre desayunando en un bar mira al objetivo tras haberle pedido Abdullah permiso para retratarle. También otra de unas flores que crecen junto al nuevo colegio de sus hijos. Ha fotografiado estos meses la noche, la luz y las flores de la que es su nueva ciudad. Actualmente se encuentra preparando la que será su primera exposición fotográfica en Jerez, una selección de las mejores instantáneas que capturó de la realidad de su país y de su pueblo antes de marcharse: el cielo estrellado de Bamiyán, las telas de vivos colores, los niños jugando, el intenso azul de los lagos de Band-e Amir... instantes irrepetibles que quedaron atrapados por el objetivo de Abdullah, que es una extensión de su mirada.



Infancia y guerra

Kanita Mukanovic, Bosnia-Herzegovina

Conocí a Kanita cuando comenzó a trabajar en CEAIIn como referente del programa de prevención y acción contra la trata de personas. Lo primero que destaca de ella es su sentido del humor y un entusiasmo arrollador por todo. Cada vez que Kanita atiende a alguien que entra en CEAIIn, lo hace con una tenacidad inigualable, escuchando con empatía y analizando paso a paso de qué manera acompañar a la persona que tiene delante para ayudarla a conseguir su objetivo, por difícil que parezca en un principio. Tiene una energía inagotable y eso se contagia a todo el equipo. Consigue la nacionalidad española en 2019 y el día de la jura de bandera llega un poco decepcionada a CEAIIn, pero nos hace reír a todos, como siempre, relatando su experiencia: «Pensaba que iba a ser muy solemne, como en las películas americanas, yo iba muy bien peinada y vestida para pronunciar mis palabras, pero al final ha sido muy frío y burocrático, no había ni juramento ni bandera».

Un día le pido acompañarme a unas jornadas de feminismo y diversidad, y ella prepara una interesante ponencia acerca de la evolución histórica de la lucha de las mujeres en su país, Bosnia-Herzegovina. Mientras busca imágenes en Google, se cruza con una que le resulta extrañamente familiar y le provoca una sacudida interior. Es una foto tomada por un reportero de guerra a un grupo de niños de diferentes edades que sonríen delante de una pared llena de pintadas. El mayor de ellos empuña un rifle. Kanita entonces se da cuenta de que la niña de unos cinco años que lleva un gorro de lana color rosa fucsia es ella misma. «Nunca había visto esa foto, pero enseguida recordé al periodista y recordé aquel momento. Esos niños eran mis vecinos, y al perro que aparece en la foto le dábamos de comer entre todos porque perdió a sus dueños...».

Kanita ha sido una niña de la guerra de Bosnia. Mientras otros crecimos viendo las terribles imágenes de aquel conflicto en los televisores de nuestras casas, ella estaba allí. Cuando se inició el conflicto tenía tres años. La capital, donde ellos vivían, estuvo bajo asedio constante durante cuatro años.

«De pequeña, para mí el paisaje normal era el de la destrucción. Yo jugaba entre escombros y coches destrozados. La primera vez que vi un coche con un aspecto y color normal, fue cuando ya era mayor. El sonido de las granadas cayendo era lo habitual: cada veintidós segundos caía una granada en Sarajevo. Mis abuelas vivían a cuarenta minutos y pasé cuatro años sin verlas. Mi abuelo murió y no pude ir a su funeral. La primera vez que vi un plátano en mi vida fue porque un periodista se los regaló a mi padre, yo no sabía ni lo que eran. Nosotros comíamos lo que venía en las cajitas de ayuda humanitaria de Cáritas que nos enviaban una vez al mes: alubias, leche en polvo... cosas básicas. Traía un paquete de galletas, parecidas a las María, que no sabían a nada, pero a mí me encantaban».

Kanita me cuenta que un día, mientras jugaba, vio a dos mujeres comiendo cosas del suelo, así que ella fue a buscar un trozo de pan a casa para dárselo. «Llevaban dos días sin comer nada. Estaban muy agradecidas y me regalaron pasta dental. Para mí, de adulta, algo como poder tener pasta dental es importante, no me olvido».

Los padres de Kanita lo perdieron todo en cuestión de unos días. «Mi padre jamás había cogido un arma y tuvo que hacerlo. Una vez le dispararon y la herida aún le duele cuando hace mucho frío o mucho calor. Se iba varios meses y volvía muy delgado, con barba, yo casi no le reconocía. Recuerdo que al llegar siempre se acostaba a mi lado».

«En mi país se vivía en armonía hasta que surgieron los nacionalismos, por eso me dan tanto miedo. Nadie recapacitaba y empezaron los ataques. Daba igual de qué lado estuvieras, se mataba a los civiles, disparaban a todo lo que se movía».

Hay un recuerdo de aquella época que destaca por encima de los demás, es un recuerdo de color blanco. «Yo tenía unos cinco años y una granada detonó muy cerca de mí. Mi hermana me agarró y me escondió en un portal. Cuando intentamos escapar de allí, todo estaba lleno de escombros y había un señor tirado en el suelo, lo recuerdo como si estuviera dormido y cubierto de un polvo muy blanco. Más tarde vi fotos de aquel bombardeo y el cuerpo de aquel señor estaba descuartizado. Mi hermana me confirmó que así lo vio ella también, pero mi mente de niña lo transformó en un recuerdo blanco para protegerme».

Kanita piensa que la atención a la salud mental en el acompañamiento a víctimas de conflictos es fundamental y que es una asignatura pendiente en la que hay que trabajar para seguir mejorando. «Cuando mi madre viene a visitarme, sigue apretándome muy fuerte la mano cuando vamos a cruzar la calle, y yo ya tengo más de treinta años. La carga psicológica que ella tuvo durante la guerra fue indescriptible, yo entonces no lo entendía, pero ahora la admiro. Pienso “si yo pasé tanta hambre, ¿cuánta pasarían ellos?” Ella no contó con la ayuda psicológica que hubiera necesitado, en ese momento el pensamiento es “he sobrevivido y lo demás no importa” pero sí que importa, hay que trabajar y prevenir los traumas. La guerra no sólo la sufres cuando te está pasando, la sigues padeciendo muchos años después».

El país tardó años en reconstruirse, Kanita me explica que mucha gente se marchó en cuanto pudo porque no les quedaba nada: «Pierdes tu vida, tu casa, todo por lo que has luchado. Yo lo sé porque lo he vivido, pero esto es algo que no deberías tener que vivir para entenderlo, deberíamos ser capaces de comprenderlo todos».

Kanita estudió Derecho en la Universidad de Sarajevo y convalidó su título en España a través de la UNED. Conoció a Jorge, su marido, en 2008 cuando estaba destinado en Bosnia como soldado en una misión de paz. Jorge es ecuatoriano y mantuvieron una relación a distancia por varios años, hasta que Kanita vino a España con un visado de estudiante para hacer un máster de Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos en la Universidad de Cádiz.

«En una guerra no hay derechos humanos, las personas quedan en una situación extremadamente vulnerable, especialmente las mujeres y la infancia. Ahora me apasiona luchar por los derechos de otras personas con mi trabajo porque en su momento otros lucharon por mis derechos y los de mi familia».

Actualmente, Kanita y Jorge viven en San Fernando junto al hijo que han tenido hace unos meses, Adi, y sus otros dos hijos peludos: el gato Lilo y el perro Dante, que son estrellas en su canal de Instagram donde Kanita cuenta las aventuras de su día a día, a la par que conciencia sobre el respeto a los derechos de los animales. «De niña vi con impotencia a muchísimas mascotas sin hogar que pasaban hambre y frío. Desde pequeña tengo el sueño de construir un refugio para animales en Sarajevo, ya que no existe ninguno. Espero conseguirlo algún día».



La energía que nos mueve

Achref, Túnez

Achref llega a Melilla nadando desde Nador, Marruecos, un tres de diciembre. El agua está helada y está solo. Bracea contra las olas y siente que se le congelan los brazos. Por suerte, lleva años practicando deporte acuático en su país y saca fuerzas de donde ya parece que no quedan. Avanza y consigue tocar el fondo con los pies. Nunca hubiera imaginado verse en esta situación cuando salió de Túnez años antes.

Allí había estudiado electromecánica industrial y se formó en seguridad y placas solares. Junto a un amigo, creó y desarrolló un proyecto de energías renovables para instalar placas solares en más casas y abaratar los costes de la gente del pueblo. Tenían el proyecto cerrado y programado, pidieron un préstamo al banco para poder comprar los materiales y llevarlo a cabo, pero no se lo concedieron. «Uno de los documentos que faltaban por firmar nos lo bloquearon y no nos lo concedieron». Achref está convencido de que tras esta negativa hay fuertes intereses económicos y había gente influyente que no estaba de acuerdo con disminuir el precio de la electricidad con las placas solares, por eso no les permitieron desarrollar el proyecto. Además, siente que arruinaron su carrera profesional, ya que después de aquello no lograba que le contrataran en ninguna parte. Esto le hizo reflexionar sobre la mentalidad política de su país y le motivó a salir: «La energía está muy relacionada con la política porque mueve mucho dinero. Estaba bloqueado y quería marcharme, no pensaba en otra cosa, esperaba poder desarrollarme profesionalmente en otro lugar».

Tras un largo viaje, Achref llega a España y es trasladado a un CETI (Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes). Justo en ese momento, el planeta se conmociona con una realidad que nadie esperaba: la pandemia del coronavirus. Todas las fronteras se cierran, todo se para.

Esto significa que las personas que acaban de llegar son confinadas durante meses en el CETI. «El problema con los CETI es que a menudo tienen una ocupación bastante superior a su capacidad permitida, por ejemplo, si la capacidad permitida es para seiscientas personas y tienes allí a mil quinientas, pueden darse situaciones de hacinamiento y condiciones muy malas». Si a esto sumamos el confinamiento obligatorio y que todos los traslados a entidades se suspendieron, encontramos a personas que han estado en el CETI hasta dos años, porque llegaron en diciembre de 2019, como le pasó a Achref.

«Fue una situación tan estresante para todos los que estábamos allí... Muchos se sentían rotos, algunos tomaban drogas o pastillas para la ansiedad. Para mí, la única manera de superar el estrés de estar allí encerrado con tanta gente, era el deporte. Era la única forma de lograr dormir bien. También el intentar no mezclarme mucho, mantener mi cabeza fría».

Para distraerse, leía y se informaba mucho con el móvil sobre nutrición, medicina y salud. Cuando las medidas de confinamiento se relajaron un poco y por fin pudieron salir de vez en cuando, la situación mejoró. Pero incluso ya estando en Jerez, en un piso de CEAI, Achref se sentía aún sobrepasado por todo lo vivido en Melilla: «Tengo que recuperarme, ahora mismo no estoy allí encerrado pero sigo sintiéndolo, el estrés es como una prisión que no se ve».

Cuando hacemos esta entrevista, Achref se está preparando para irse a Barcelona. Ha practicado muchos deportes en su vida, pero en Túnez se especializó en marcha acuática, donde llegó a competir profesionalmente en dos ocasiones, quedando en primera y segunda posición. «Es un deporte bastante nuevo en todo el mundo. Un día estaba en la playa y vi a dos mujeres practicando este deporte, sumergidas hasta la cintura haciendo marchas largas. No sabía lo que era, les pregunté y comencé a practicarlo yo también, formamos un equipo de casi cuarenta personas. Hay dos modalidades, en una te ayudas con las manos y en la otra con un remo. De todos los deportes es el que más me gusta porque se practica en la playa y descargas todo el estrés».

El único sitio donde se practica la marcha acuática de manera profesional en España es Cataluña y este es uno de los motivos por los que Achref se dispone a dirigirse a su nuevo destino. Él aún no puede competir aquí, pero espera poder hacerlo cuando arregle su situación documental. Esto también le permitirá volver a retomar sus proyectos en energías renovables: «Me siento muy contento por cumplir ese sueño, quiero trabajar y avanzar profesionalmente».

Achref vino persiguiendo sus sueños y se ve a sí mismo viviendo muchos años aún en España, pero algún día le gustaría volver a Túnez: «Yo amo mi país, allí tengo a mi familia, a mis padres, que se sienten felices por mí y me han apoyado siempre. Es difícil estar lejos. A las personas que estén viviendo momentos duros como los que yo he vivido les aconsejo mantener la cabeza serena, no venirse abajo. Es importante conocerte a ti mismo y saber qué quieres hacer, mantener la motivación despierta, aunque te encuentres en mitad de una situación complicada. A los más jóvenes también les diría que para comenzar una nueva vida tienes que intentar unirse a personas que sean positivas y que te ayuden a cargar la energía adecuada para salir adelante».

Actualmente, Achref lleva un año viviendo en Barcelona, aprendiendo español y pendiente aún de obtener su permiso de residencia para poder trabajar en la profesión que ama y para poder competir de nuevo en el deporte que, al menos en dos ocasiones, le ha salvado la vida.



Oasis

Jamal, Farah, Majed, Mohammad, Yasmin y Ghaleb Alrajab, de Siria

Farah y Mohamed sostienen con delicadeza a sus hermanos gemelos de pocos días de vida. Cualquiera podría pensar que han esperado a estar a salvo para nacer. Dentro del vientre de su madre han atravesado varios países y un desierto. Después, Melilla y el agua oscura del estrecho. Sus padres, Nermin y Nour, prefieren no salir en la foto y ceden el protagonismo a los pequeños. Los observan con expresión de orgullo desde el otro lado de la habitación. En sus miradas aún persiste la huella del cansancio, pero sobre todo hay calma.

En Siria, Nour trabajaba en una fábrica de alimentos y Nermin se dedicaba al cuidado de sus hijos y del hogar. Nunca imaginaron que tendrían que escapar de una guerra y mucho menos que terminarían en un lugar de España llamado Jerez.

La guerra comienza en Siria en el año 2011. En aquel momento Nermin estaba embarazada de Jamal. «Éramos felices en nuestro país, nunca piensas que eso te pueda pasar». Nour estuvo cuatro meses como soldado en reserva esperando esa llamada que supondría la separación de su familia para ir a la primera línea del terror. Por eso, decidieron que él tenía que ser el primero en abandonar el país, seguido poco después de su hermano pequeño Mohammad, su esposa Nermin y sus hijos e hijas.

Esta partida supuso para ellos el comienzo de una huida que duraría años, en una travesía que les llevó a cruzar juntos Sudán, Egipto y atravesar el desierto del Sáhara, una experiencia que estuvo muy cerca de costarles la vida y que nunca podrán olvidar.

«Íbamos a pie, junto a otras cinco familias. Hubo un tramo en el que tuvimos que montar en un jeep para huir de la policía fronteriza. Íbamos a casi 300 km/h y el coche volcó. Pasamos mucho miedo. Luego siempre a pie. Fueron diez días, sin comida ni agua para nosotros ni para los niños. Recuerdo un día en el que estábamos convencidos de ver verde y agua brillando a lo lejos, como en los oasis de los cuentos».

Son conscientes de que es prácticamente un milagro que logran sobrevivir, muchos otros no tuvieron la misma suerte. En los silencios que callan hay tantas historias como en las palabras que dicen. «En el desierto no hay camino, el único camino es el Sáhara. Estás solo. No hay casas, ni árboles. Solamente sol y arena. Pero Dios está ahí».

Llegar a Argelia fue un alivio. Se sentaron todos en el suelo y pudieron beber agua, al principio sólo en pequeños sorbos de un tapón, porque sus cuerpos no toleraban más. Necesitaban comer, pero deseaban más aún estar a salvo: «Queríamos llegar a un lugar seguro. Era todo en lo que podíamos pensar: “ya falta menos, ya falta menos”». Miran a sus hijos mientras dicen esto, como quien sostiene un hechizo que pone el mundo en pie. Sus risas llenan la habitación. Ahora son Nermin y Nour los que sostienen cada uno a un bebé. Nermin le da un biberón a Yasmin mientras acaricia con la otra mano sus suaves y minúsculos dedos.

Me cuentan que Majed y Jamal quieren ser futbolistas, y percibo cierto humor en sus palabras. «¡Por supuesto, saben que primero tienen que estudiar!». Farha sueña con ser enfermera. Mohammad tuvo que dejar los estudios en Siria y tiene muy claro que quiere volver a estudiar y terminar secundaria.

Pese a los durísimos recuerdos, hay siempre en sus palabras una fuerza de avance, una inercia de años de no detenerse, de no rendirse. Pienso que nunca estuve frente a personas tan fuertes. «Nosotros aceptamos nuestro destino, confiamos en Dios».

Todos tienen el mismo color en la mirada. Es un tono esmeralda, brillante, como un destello en el agua, que los hermana allá donde van. No hace falta que digan que son familia, la mirada verde oasis les delata.

Nour me dice que está deseando poder trabajar, que ha trabajado toda su vida y no está acostumbrado a no hacerlo. En pocos días dejarán el piso de protección internacional de CEAI y partirán hacia Bilbao, donde planean reencontrarse con algunos familiares que están allí.

Cuando les pregunto qué les haría felices a ellos dos en el futuro próximo, se miran el uno al otro con incredulidad, como si el hecho de pensar en la felicidad propia fuera un privilegio que no se pueden permitir. A sus treinta y pocos años, Nermin me dice: «Nosotros ya somos muy mayores. Queremos que ellos sean felices». Será que los años de camino se sienten más largos, aunque por fuera no se perciba. Les insisto con la misma pregunta, porque son muy jóvenes aún, y se vuelven a mirar sonriendo. Entonces Nermin me dice que tiene muchas ganas de volver a pasear tranquilamente con Nour, de ir al cine, al parque con los niños.... «lo normal, cosas sencillas.»

Y pensar que hay quienes tienen que cruzar el mundo entero para poder hacerlo...

Epílogo

Es para mí un honor añadir unas líneas a este magnífico trabajo, tanto por su calidad como por su calidez. Yolanda conoce bien la realidad de estas doce personas, un botón de muestra de las miles que en estos treinta años de actividad hemos conocido y apoyado en CEAin. Muchas menos de las que hubiésemos querido pero, con recursos limitados, hacemos a veces posible lo imposible. El hermoso objetivo de luchar por los derechos humanos, ayudando a crear una sociedad inclusiva y diversa en la que todos y todas podamos desarrollarnos, nos mueve en CEAin y en toda la federación Andalucía Acoge.

Estas doce personas irrepetibles son también imprescindibles. Históricamente las migraciones son una realidad en la sociedad en la que vivimos y estos testimonios nos acercan al mejor antídoto contra la xenofobia: conocer a otras personas y comprender que todos y todas albergamos los mismos sueños y los mismos anhelos.

Animo a colaborar en entidades como CEAin, ya que nos enriquece y nos hace sentirnos parte de una sociedad transformadora. Nosotros y nosotras continuaremos porque, como estas doce personas, venimos a ofrecer nuestros corazones.

Jesús García Grijalbo, presidente de CEAin.

Sobre CEAIN

CEAIN es una entidad sin ánimo de lucro, con una trayectoria de 30 años trabajando por la inclusión social y la convivencia en Jerez. Nuestra misión es contribuir a una sociedad inclusiva e intercultural, con atención preferente a las personas más vulnerables y de forma específica a las personas migrantes, facilitando el pleno acceso a los derechos de ciudadanía, incidiendo en la superación de la exclusión social y la promoción de espacios de convivencia y cohesión, en colaboración con los diferentes actores del territorio.

Formamos parte de la **Federación Andalucía Acoge**, compuesta por nueve asociaciones que desarrollan su labor en veintiún centros por toda la geografía andaluza y melillense.

A lo largo de estas tres décadas, CEAIN ha apoyado a 35.000 personas. Contamos con 52 personas voluntarias y un equipo técnico compuesto por 37 profesionales. Desarrollamos programas de apoyo al acceso a la vivienda, trabajo específico con mujeres migrantes en riesgo de exclusión y/o víctimas de violencia de género, trabajo con jóvenes migrantes extutelados, personas solicitantes de asilo, refugiadas y/o apátridas. Contamos con un equipo jurídico especializado en extranjería y derechos humanos. Actualmente disponemos de 98 plazas de acogida distribuidas en 20 dispositivos. Hemos mejorado la empleabilidad de 6.000 personas y facilitado la inserción laboral de 1.700 personas. Trabajamos con los centros educativos para prevenir el absentismo escolar y promover una escuela inclusiva, con una gestión positiva de la diversidad. Desarrollamos estrategias de sensibilización para la ciudadanía e impartimos formaciones a profesionales de entidades públicas y privadas en materia de migraciones y derechos humanos. Además, dinamizamos el Proceso Comunitario Intercultural en la Zona Sur de Jerez, que se ha convertido en referencia para otros territorios.

Si quieres conocernos más y colaborar con nosotros visítanos en:

www.ceain.acoge.org

www.acoge.org

“En el mundo hay 8.000 millones de personas, todas irrepetibles”

Irrepetibles es un recorrido por las historias de vida de doce personas de diferentes países que han pasado por nuestra ciudad a través de CEAIN, entidad federada en Andalucía Acoge que lleva 30 años trabajando por la convivencia y la inclusión social en Jerez.

Combinando fotografía, entrevista y relato, Yolanda Rosado recoge en esta obra experiencias personales que ponen de manifiesto aspectos fundamentales en los procesos migratorios y vitales: la resiliencia, la identidad, la lucha por los derechos humanos, la libertad, la salud mental, las inquietudes artísticas y profesionales... y por encima de todo, esa fuerza de avance que nos mueve como humanidad, siempre hacia la búsqueda de los sueños y de la felicidad.

www.ceain.acoge.org